

Leer la realidad para refundar la democracia

reescritura de un fragmento de *Diseño de políticas sociales en diálogo con Pierre Rosanvallon*, publicado en ROSANVALLON, Pierre (2015): *El parlamento de los invisibles*. Barcelona, Hacer

Comenzamos a dibujar el terreno de juego haciendo pie, con Pierre Rosanvallon o Manuel Castells, en el proceso de globalización económica y financiera que se produce, en buena medida, gracias a nuevas tecnologías de la información, la comunicación y el conocimiento y singularmente a internet. La globalización representa, por una parte, una incorporación masiva de personas al mercado de trabajo (y al mercado, en general) en el mundo, eso sí, bajo condiciones sociales y laborales altamente precarias. La economía sumergida, irregular, corrupta o criminal se ha globalizado con mucha rapidez y eficacia y esta cuestión es crítica, fundamentalmente por la ingente cantidad de recursos que dejan de obtener las administraciones públicas (que podrían dedicarse a políticas sociales) y también por la trampa de exclusión social que suponen estas dinámicas económicas para muchas personas.

Si, por un lado, la globalización o mundialización representa intensificación y extensión (por facilidades tecnológicas y decisiones políticas) de los intercambios mercantiles a escala global, a la vez, es un proceso mediante el cual se produce (también con apoyo en las tecnologías de la información y la comunicación) una creciente mercantilización y financiarización de la economía, es decir, una cada vez mayor preponderancia del mercado (y, singularmente, del dinero, del dinero virtual y del crédito) como mecanismo de satisfacción de necesidades, con sistemas que llegan a la sofisticación de la *negociación de alta frecuencia*, cada vez más utilizada por los *hedge funds*, que han llevado a la formulación de conceptos como el de *capitalismo de casino*. El grado y tipo de apalancamiento financiero, integración mercantil e interdependencia económica, por cierto, explica en buena medida, la velocidad y virulencia con la que una crisis financiera localizada inicialmente en Estados Unidos (en 2007) se transformó en crisis económica, laboral, social y política a escala internacional.

Los procesos de mercantilización y financiarización de la economía han llevado a un notable incremento de las oportunidades económicas para amplias capas de la población mundial pero, simultáneamente, han aumentado las desigualdades y el riesgo de pobreza en el mundo. Se exacerban los procesos de acumulación y desposesión, incrementándose notablemente la distancia entre las posiciones sociales o las capacidades de compra de las minorías ricas y las mayorías pobres. Grandes contingentes de personas en países emergentes se incorporan a nuevos mercados de bienes y servicios y, mientras tanto, sectores las clases medias o trabajadoras tradicionales se pueden sentir amenazadas por procesos de precarización y desubicación y se pueden volver, en ocasiones, más reactivas o reaccionarias. El texto de Pierre Rosanvallon alerta en varias ocasiones acerca del efecto deletéreo sobre la democracia del

incremento del desencanto y el miedo, alentados interesadamente, de determinados sectores sociales.

En cualquier caso es evidente que la globalización está suponiendo un incremento de las desigualdades. Thomas Piketty ha estudiado el rápido incremento de la desigualdad en el mundo a partir de los años 1970-1980 y recuerda que, por ejemplo, en Estados Unidos “la parte del decil superior recobra en los años 2000-2010 un nivel que supone el 45%-50% del ingreso nacional” (Piketty, 2013: 36). Estudia también, por ejemplo, el valor total de los patrimonios privados en Europa (Alemania, Francia, Reino Unido) y la manera en que recuperan peso frente a la renta a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, afirmando que “la relación capital/ingresos se sitúa en los años 2000-2010 como equivalente a cinco o seis años de renta nacional tanto en el Reino Unido como en Francia” (Piketty, 2013: 38).

A la vez se han multiplicado los riesgos ecológicos para el planeta. Ignacio Sotelo afirma que, “entre los muchos desafíos a los que se enfrenta nuestra civilización, el que a más corto plazo nos amenaza es sin duda la proliferación de armas nucleares, seguido de la explosión demográfica, el cambio climático, la escasez de agua y el agotamiento de materias primas” (Sotelo, 2010: 400). Sabemos que el crecimiento económico tiene un límite, que el planeta, en términos ecológicos, no soportaría la extensión a todo el mundo del estilo de vida de las clases medias y altas de los países ricos.

Tomando otro hilo, diremos que el desarrollo y expansión de las tecnologías avanzadas de la información y la comunicación ha impulsado la denominada *sociedad del conocimiento*. Innerarity asocia este concepto al de modernización reflexiva y afirma que “aunque hay razones para mostrarse escépticos frente a los anuncios de cambios de época, al menos nadie discutirá que se observan cambios graduales en dirección a una centralidad del conocimiento en nuestras sociedades (...). Los factores tradicionales de producción (tierra, trabajo, capital) pierden importancia frente al saber experto” (Innerarity, 2011: 56). La sociedad del conocimiento, a su vez, genera nuevas formas y oportunidades de inclusión y bienestar junto a inéditas amenazas de exclusión e incremento de las desigualdades. Por ello Pierre Rosanvallon nos propone una democracia narrativa en la que la coproducción de conocimiento (en sus múltiples formas, tanto científicas como literarias) genere la capacidad de conferir trazabilidad y calidad a la participación y representación democrática.

Como ha señalado Subirats, “no hay espacio hoy día en el que internet no tenga un papel significativo y esté transformando las condiciones en que antes se operaba (...). Y ello (...) afecta, sobre todo, a las instancias de intermediación que no aportan un valor claro (...), desde (por poner ejemplos) las agencias de viaje a las bibliotecas, de la industria de la cultura o las universidades a los periódicos, desde los partidos políticos a los parlamentos” (Subirats, 2012: 71). “En la emergente realidad productiva, el tema de la escala no presenta los mismos problemas con los que trató de enfrentarse el sistema fordista” (Subirats, 2012: 73). Internet y las redes sociales (como Facebook o Twitter) posibilitan nuevas dinámicas y estructuras de relación directa entre personas, de participación en procesos sociales, de intercambio económico y

de movilización política. Generan, simultáneamente, desconocidos riesgos y amenazas de control, manipulación, exposición y mercantilización de la vida privada (por ejemplo mediante el manejo del conjunto de datos denominado *big data*).

Lógicamente, habrá una correlación entre la potencia de una región o un país para competir sosteniblemente en la economía globalizada y su capacidad para sostener un Estado de bienestar nacional o regional mediante la recaudación de cotizaciones sociales o de impuestos a su población. En esta última crisis se ha visto claramente cómo algunos de nuestros Estados se han endeudado en los mercados financieros internacionales, comprometiendo en alguna medida el bienestar de sus futuras generaciones. Posteriormente han aplicado políticas de ajuste entrando en un círculo vicioso, profecía autocumplida o bucle recesivo (menos actividad económica-menos empleo-menos impuestos-más demandas de prestaciones y apoyos dirigidas al Estado-menos facilidades para financiarse de particulares y Estados-recortes en políticas públicas-menos actividad económica-deslegitimación de Estados). La dependencia de la senda (*path dependency*), por otra parte, hace que sea más fácil realizar recortes (*menos café para todos*) que reformas o reconfiguraciones y, en lo que toca a políticas sociales, determina que sea más fácil recortar en las ramas menos institucionalizadas legalmente, menos consolidadas entre la población y menos soportadas corporativamente.

En este contexto tecnológico, económico, político e ideológico, por otra parte, pierde peso el trabajo (el empleo remunerado) como factor de producción, otorgador de identidad y articulador de sujetos. Así, Ignacio Sotelo se refiere a “la escasez creciente de trabajo asalariado no cualificado en un sistema productivo cada vez más automatizado” (Sotelo, 2010: 407). A este respecto, el caso español ha resultado en los últimos años especialmente dramático. Richard Sennet en *La corrosión del carácter* ha retratado este escenario de fragmentación, precarización y dualización en el mundo del trabajo y sus consecuencias sociales. Pierre Rosanvallon nos alerta sobre el uso ideológicamente perverso del concepto de *empleabilidad*.

Por otro lado, cuando hablamos de mercantilización de la respuesta a necesidades, lo hacemos, correlativamente, del hecho de que se espera encontrar respuesta a muchas necesidades, cada vez más, en el mercado y, cada vez menos, en las redes primarias, familiares y comunitarias. Estamos sugiriendo que la mercantilización va de la mano con dinámicas de destrucción o deterioro de bienes relacionales en el que Ulrich Beck ha sido descrito como proceso de *individualización*. Pierre Rosanvallon se pregunta por la representación democrática en una *sociedad de individuos*. En nuestras sociedades, mujeres y hombres encuentran oportunidades para un proceso de individualización en el que su biografía viene menos predeterminada por sus entornos familiares, comunitarios o laborales, y, junto a las oportunidades, aparecen también nuevas amenazas, a la vez que se va ensanchando el heterogéneo grupo que Guy Standing denomina *preariado*.

Como ha dicho César Rendueles, “la historia de los últimos tres o cuatro siglos –que en parte es la historia de algunos cambios tecnológicos de dimensiones

sísmicas— está marcada por una progresiva fragilización de las relaciones sociales tal y como la humanidad las había conocido hasta entonces. Las ciencias humanas se han mostrado casi unánimes al relacionar la modernización con la destrucción de los lazos comunitarios tradicionales” (Rendueles, 2013: 87). Refiriéndose al capital social, a los lazos o vínculos relacionales o comunitarios, Enrique Gil Calvo ha utilizado la metáfora del colesterol, diciendo que lo hay bueno y malo. Efectivamente, la destrucción de bienes relacionales o capital social es positiva cuando lo que se destruye es maltrato intrafamiliar o control social punitivo. No lo es, por ejemplo, cuando desemboca en la muerte en la soledad de su domicilio de la persona mayor con limitaciones funcionales o en el alcoholismo de la persona inmigrante sin amistad ninguna.

Si los viejos riesgos sociales son aquellos que el sistema de bienestar clásico tenía más previstos (como los relacionados con la enfermedad, la situación de desempleo o la pérdida de ingresos por trabajo cuando nos jubilamos), los *nuevos riesgos sociales* (según Peter Taylor-Gooby) están relacionados con las dificultades que acarrearán los cambios sociales que acontecen en la transición a la llamada sociedad postindustrial: acceso o adaptación a mayor cualificación y flexibilidad en el empleo; cuidados de larga duración en situación de limitación funcional; conciliación de la vida familiar y laboral a medida que se va superando la situación de división sexual del trabajo; e incluso la gestión de la respuesta a los propios recortes, retrocesos, realineaciones o recalibraciones del sistema público de bienestar.

Ulrich Beck habla de la *modernidad reflexiva* y la *sociedad del riesgo* como marcos de referencia para los procesos de individualización, en los que las dinámicas de identidad y pertenencia de las personas aparecen cada vez menos determinadas por su familia, su clase, su empleo o su comunidad, que son calificadas como *categorías zombis*. A este tipo de sociedad se refiere Zygmunt Bauman cuando trata de la *modernidad líquida*. Según estos autores, los propios avances científicos y tecnológicos dan otra dimensión al concepto de riesgo. No podemos olvidar que no hace tanto tiempo que la humanidad, por primera vez en su historia, ha desarrollado la capacidad tecnológica para autodestruirse de forma completa. Fernando Vidal ha subrayado la creciente imprevisibilidad de las consecuencias de los fenómenos en los entornos complejos (en los que se produce el efecto mariposa) y ha señalado que la sociedad de riesgo todo un desarrollismo del futuro que hipoteca la sostenibilidad.

A la vez, las propias mejoras en tecnología, salud, calidad y estilo de vida contribuyen al aumento de la esperanza de vida y a una nueva *transición demográfica*. La prolongación de las trayectorias vitales de tantas personas en el mundo proporciona a la humanidad los denominados por la Organización Internacional del Trabajo *dividendos demográficos*, es decir, beneficios para cada persona y para la sociedad en general, derivados del hecho de que, en una trayectoria vital más prolongada, las personas pueden construir patrimonios de conocimiento, de relaciones, de infraestructuras o de dinero más valiosos: más valor económico y social agregado. En cualquier caso, el que hablemos, fundamentalmente, en términos de dividendos demográficos, no

quiere decir que no seamos conscientes de que la transición demográfica nos obliga, socialmente, a nuevos cambios, adaptaciones, innovaciones y transformaciones que, si no son realizadas de forma inteligente y audaz, llevarán a desequilibrios (ya lo están haciendo) y a situaciones, por ejemplo, de escasez de mano de obra productiva y competitiva en determinados lugares y sectores o, lo que es más relevante, de desprotección de personas con limitaciones funcionales o insuficientes recursos económicos.

Ahora bien, el alargamiento de la esperanza de vida no se produce siempre, en absoluto, libre de discapacidad, de modo que hay más personas con limitaciones funcionales, siendo especialmente relevante en los últimos años la mayor cantidad de personas con Alzheimer u otras demencias. Por otro lado, el control de la natalidad y el avance en la conciencia de la igualdad entre mujeres y hombres lleva al cuestionamiento de la tradicional división sexual del trabajo. Va desapareciendo, cada vez en más países, el predominio de la familia nuclear tradicional de carácter patriarcal y se diversifican los tipos de familia y los modos de convivencia. A la confluencia de estos fenómenos y a sus consecuencias podemos llamarla, con Arlie Russel Hochschild, *crisis de los cuidados*. Tomar conciencia de la crisis de los cuidados es darnos cuenta de hasta qué punto el sistema clásico de bienestar (y su correspondiente modelo social) había dado por descontados mecanismos fundamentales para la sostenibilidad de la vida, para la reproducción de la vida, para la calidad de vida, para la vida buena, para el mundo de la vida de las personas. En buena medida habían pasado desapercibidos, habían sido invisibles para la economía, las ciencias sociales o la política una serie de fenómenos. Se ha denominado *biopolítica* a esta aparición o reaparición en la arena pública y en la agenda política de estas cuestiones (*issues*). Al respecto, en muchas ocasiones ha recuperado Imanol Zubero la reflexión de Herbert Marcuse sobre la rebelión del instinto de vida contra el instinto de muerte socialmente organizado. Y Pierre Rosanvallon nos invita a rescatar y narrar nuestras historias de vida, de vida cotidiana, de vida ínfima, de vida invisibilizada.

En este contexto emergen con fuerza preocupaciones y propuestas relacionadas con la gestión flexible de las actividades diversas a lo largo del ciclo de vida de las personas y las relaciones intergeneracionales; la conciliación de la vida personal, familiar y laboral y los horarios para la vida cotidiana. la calidad ambiental de la vida urbana; o la igualdad entre mujeres y hombres y, en general, entre las diversas categorías o clases de personas. La agenda política y social clásica centrada en disputas sobre recursos económicos entre clases sociales se ve aumentada y reconfigurada con nuevos asuntos y análisis. La globalización es también, por otra parte, un aumento de la deslocalización y relocalización de empresas y de los flujos migratorios.

Los procesos de individualización de trayectorias e incremento de las desigualdades (especialmente al interior de cada sociedad) están relacionados (existiendo causalidades y consecuencias en ambos sentidos) con cambios en los valores. Así, Crawford Brough Macpherson ha hablado del *individualismo posesivo*. Los procesos de individualización de biografías y cambios de valores son también, como veremos, procesos de deconstrucción y recomposición de sujetos o agentes en la arena social y política.

Anthony Giddens consideró prematuro hablar de posmodernidad, y su pensamiento se expresa mejor con el concepto de *modernidad tardía*. Sea como fuere, en este contexto de pensamiento se inscribe el análisis de Ronald Inglehart sobre los valores postmaterialistas, relacionados con la pérdida de confianza respecto un progreso económico y social indefinido. Muchos pensadores pondrán el énfasis en que los grandes relatos nos llevan al Holocausto o al *gulag* y reivindicarán el potencial emancipador de los pequeños relatos, recuperando la importancia de lo microsociedad, lo comunitario, lo cotidiano, lo interpersonal y lo personal ante la decepción sentida ante las grandes utopías. Sin embargo hay aproximaciones críticas a este contexto cultural. Giles Lipovetsky, por ejemplo, lo retrata y critica con el concepto de *altruismo indoloro*. En todo caso, la globalización afecta a los medios de comunicación y a los procesos de producción y reproducción cultural. Dichos procesos, cada vez más globales e influyentes, contribuyen a la construcción social de la realidad en los términos establecidos por los núcleos de poder en esas redes mundiales de comunicación. Por otra parte, la reducción de costes y la interactividad creciente que se observan en las tecnologías de la comunicación ofrecen a su vez nuevas oportunidades a nuevos actores sociales y propuestas de valores.

Los valores sociales están relacionados, también, con los comportamientos y preferencias políticas en la globalización, para entender la cual es fundamental recordar que, en ese contexto, se produce el fracaso o colapso histórico de las experiencias de economía planificada del llamado *socialismo real* y la hegemonía ideológica y política de las corrientes neoliberales en la escena internacional y, en buena medida, en las recetas y orientaciones de los organismos multilaterales. El comunismo real perdía así su capacidad intimidatoria (por miedo al contagio, efecto demostración o efecto dominó), en virtud de la cual fuerzas políticas no socialistas o socialdemócratas (como las liberales o democristianas) pudieron ser más proclives a pactar y desarrollar las políticas sociales del Estado de bienestar, sobre la base, por cierto, de estrategias y sistemas de previsión y mutualismo que existían previamente. La llegada al poder de Margaret Thatcher, en 1979, es emblemática de la ruptura del consenso económico, político y social preexistente; es arquetípica su conocida frase: "No existe algo llamado sociedad, hay hombres y mujeres individuales". Pierre Rosanvallon, por el contrario, nos recuerda que la democracia no puede existir si los hombres y mujeres no hacen sociedad.

Nos encontramos ante la resistencia o resiliencia (subrayada por autores como Claus Offe) pero también ante la crisis del Estado de bienestar, entendida como crisis del modelo clásico que se articuló en la denominada por Luis Moreno "edad de oro". No cabe hablar, como decíamos, de un desmantelamiento del Estado de bienestar. Lo que sí ocurre es que el Estado (y específicamente el Estado protector) comprueba sus limitaciones o incapacidades tanto para gobernar la globalización económica como para hacer frente a los riesgos tradicionalmente cubiertos por los sistemas públicos de protección social y a los nuevos riesgos y necesidades sociales en una sociedad de creciente complejidad que ya no se articula en los dos grandes sujetos (clase trabajadora y clase capitalista) que habían construido, entre

tensiones y acuerdos, el contexto en el que surge el Estado de bienestar. Analistas del tránsito a la sociedad postindustrial, como Daniel Bell, se han referido a esta desarticulación y reconfiguración de los sujetos sociales y, finalmente, políticos. Y acontecen los procesos de deslegitimación de la democracia y de aumento de la antipolítica y el populismo de los que habla Pierre Rosanvallon, en la medida en que más y más personas se sienten no representadas, no escuchadas, no vistas.

Nuevas líneas divisorias, contradicciones y diversidades (sexuales, generacionales, culturales o funcionales) reclaman su relevancia en la arena política y electoral, en las dinámicas de exclusión e inclusión social y en la generación de nuevas demandas, catalizadas por una cultura consumista, dirigidas en muchos casos al propio Estado, que sufre procesos de deslegitimación (que se ceba en ocasiones de forma especial en determinados programas o aspectos del Estado de bienestar, que supuestamente no beneficiarían a quien lo necesita o beneficiarían a quien no lo merece). Las instituciones son calificadas como *extractivas*. Pensadores como Álvaro Delgado-Gal han alertado sobre los fenómenos de clientelismo político y corrupción política en los que han incurrido en algunos casos las personas con responsabilidad de decisión en el ámbito de las políticas públicas, en situaciones que, lamentablemente, no podemos considerar puramente episódicas o excepcionales sino, honestamente, identificarlas como efectos no deseados o perversiones con cierta probabilidad de ocurrir en el sistema. Nos encontraríamos ante el típico problema de agencia, en el que primarían, en las personas con responsabilidades políticas o administrativas, intereses espurios (particulares, de partido, corporativos o de determinados grupos) por encima o en contra del interés colectivo o general. En cualquier caso, tengan mayor o menor fundamento las acusaciones de despilfarro y corrupción, las percepciones correspondientes van a llevar a exigencias y dinámicas de mayor control, transparencia y evaluación (o ajuste y control, en otras versiones) de las políticas públicas.

César Rendueles, sin embargo, afirma que “los sociólogos, politólogos y economistas han concluido que la desigualdad de clase ha perdido peso en un mundo global de redes sociales en constante flujo. Y nos lo hemos creído (...). En realidad, una noción de clase social basada en criterios amplios y poco precisos –los ingresos, el control sobre el propio trabajo y el prestigio social– resulta más intuitiva que nunca e imprescindible para entender quién gana y quién pierde, y hasta qué punto lo hace, en el mundo contemporáneo” (Rendueles, 2013: 183). Sea como fuere, los mecanismos e instrumentos de solidaridad del Estado de bienestar que, originariamente, fueron el fruto de la previsión y el mutualismo de la clase obrera y de las capas populares, son vistos ahora por buena parte de dichos sectores como objeto de consumo pasivo y pueden tener incluso el efecto no deseado de la pérdida de capital social y músculo solidario en los propios sectores populares que, por razones generacionales, han disfrutado siempre de determinados derechos o prestaciones. Enrique Gil Calvo ha afirmado que “el Estado de bienestar, con su provisión universal de derechos sociales, ha generado (...) efectos no queridos (...). Al ofrecer servicios públicos de protección social provistos por

redes formales administrativas, ha suplido primero y ha terminado por sustituir después a las redes sociales informales de confianza, solidaridad y compromiso colectivo (grupos de ayuda mutua, movimiento asociativo...) que antes articulaban el tejido social dotándolo de espesor y densidad cívica. En consecuencia, tanto las clases trabajadoras como las clases medias urbanas han ido viendo cómo se devaluaba y amortizaba su anterior capital social, pasando a disgregarse y atomizarse hasta caer en el aislamiento de la individualización y el familismo amoral” (Gil Calvo, 2012).

Cuanto más críticas son las convulsiones y más duramente afectan a grupos cada vez más amplios de personas, más se pueden exacerbar los discursos demagógicos que, normalmente, buscan culpables fáciles de identificar e intentan desresponsabilizar a cada persona, a la mayoría de las personas. Así ocurriría cuando se critica, por ejemplo, el salvamiento de los bancos pero no se quiere ver hasta qué punto la fuerza de los bancos reside en buena medida en que el sistema financiero ha conectado con los intereses y objetivos de amplias capas de la población generando estructuras demasiado grandes para dejarlas caer (*to big to fall*). A esto se refería John Kenneth Galbraith en su obra *La cultura de la satisfacción*, cuando afirmaba que “lo que es nuevo en los llamados países capitalistas –y se trata de un punto vital– es que la satisfacción imperante y la creencia resultante son ahora cuestión de muchos, no sólo de unos pocos. Operan bajo la convincente cobertura de la democracia, aunque de una democracia no de todos los ciudadanos sino de aquellos que, en defensa de sus privilegios sociales y económicos, acuden a las urnas. El resultado es un gobierno que se ajusta no a la realidad o a la necesidad común sino a las creencias de los satisfechos, que constituyen hoy la mayoría de los que votan” (Galbraith, 1992: 20).

El movimiento ecologista alemán utilizaba en una pintada la metáfora del atasco: no es posible encontrarse en un atasco o estar en un atasco, somos parte del atasco, somos el atasco. El pensamiento sistémico alerta sobre las miradas y los análisis que nos impiden ver nuestra responsabilidad, contribución e impacto individual e intransferible en los fenómenos sociales, la trascendencia de nuestros actos. No se quiere decir, en todo caso, que todas las personas tenemos el mismo grado y tipo de responsabilidad en los acontecimientos sociales, pues es evidente la existencia de élites extractivas, de personas que han tenido y siguen teniendo capacidad de decisión en el mundo político, empresarial o bancario y que han provocado grandes daños económicos y patrimoniales a muchas personas y al conjunto de la colectividad. Nos encontramos ante una aparente irresponsabilidad organizada, en un contexto de riesgos y complejidad sistémica en el que aparecen fenómenos de colusión de intereses, problemas de gobernanza, consultoría instrumental y delincuencia descarada.

Sea como fuere, se nos estructura (y nos estructuramos) como (en) mercados, a la vez que nos desestructuramos como redes familiares y comunitarias o como sujetos en la esfera laboral o en la arena política. Viejas redes y solidaridades (de clase, de fábrica, de barriada o populares) se destruyen y otras no se acaban de construir, o nacen con fuertes dolores de parto (por ejemplo, vinculadas a los desahucios). La globalización, en alguna medida, es

eso. Y la crisis del sistema de bienestar es, en alguna medida, la desestructuración o desarticulación de los sectores sociales y electorales que le dieron sustento, la ruptura de las alianzas sociales y políticas que impulsaban el desarrollo y fortalecimiento de las políticas sociales. Una expresión de dichos procesos de desarticulación o ruptura de sujetos y alianzas es el surgimiento y fortalecimiento de fuerzas políticas xenófobas y virulentamente críticas de las políticas solidarias, fuerzas que cobran fuerza en algunos Estados de bienestar y, particularmente, en capas sociales populares. A la vez, puede haber sectores de las clases medias que tiendan a refugiarse en seguros sanitarios privados o en colegios particulares y dejen de compartir servicios públicos con sectores sociales más populares que no pueden elegir.

En este relato se subrayan dos elementos: la centralidad de la crisis de los cuidados y el subrayado acerca de la crisis de los sujetos que, en su dialéctica y en sus pactos, alumbraron el Estado de bienestar. Cabría preguntarse en qué medida el Estado de bienestar llega a unos límites cuantitativos (por la cantidad de solidaridad que está dispuesta a aceptar el electorado) o cualitativos (por la capacidad del Estado de dar respuesta a determinadas necesidades) sin caer en bucles de colonización o paradojas sistémicas (dobles vínculos o trampas sistémicas). Al respecto dirá César Rendueles que “muchas organizaciones revolucionarias surgieron como asociaciones de apoyo mutuo (...). Del mismo modo, los miembros de un gremio tradicional mantenían vínculos laborales con connotaciones de dependencia ininteligibles desde nuestra percepción de lo que significa una relación profesional. A un maestro de un taller gremial le hubiera resultado absurda la idea de que se puede despedir a un aprendiz incompetente (...). Las organizaciones antagonistas trataron de ir más lejos, cuestionando los sometimientos característicos de las estructuras comunitarias arcaicas y tratando de filtrar aquellas sedimentaciones opresoras. Seguramente fue un paso en falso. No porque fuera una mala idea, sino porque intentaron hacerlo rompiendo con la ética del cuidado y la codependencia (...). Y tal vez por eso la burocratización de los cuidados mutuos a través de un sistema racional e impersonal ha sido una de las grandes amenazas a las que se han enfrentado los proyectos de emancipación. No sé si el izquierdismo es la enfermedad infantil del comunismo, pero desde luego la burocracia es su demencia senil” (Rendueles, 2013: 52).

Pierre Rosanvallon nos alerta sobre el riesgo de que la complejidad de la sociedad la torne crecientemente opaca e incremente el número y la exclusión de las personas invisibles socavando el necesario carácter inclusivo de la democracia. De ahí la pertinencia de iniciativas que generen nuevas oportunidades de organización, empoderamiento, visibilidad, participación, influencia y ciudadanía de las personas más invisibles y de todas las personas que se les unan para, conjuntamente, en palabras de Rosanvallon, descifrar la sociedad, para restaurarla en su dignidad y refundar al mismo tiempo la democracia.

DURÁN, María Ángeles (2012): *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao, Fundación BBVA.

- GALBRAITH, John Kenneth (1992): *La cultura de la satisfacción*. Barcelona. Ariel.
- FANTOVA, Fernando (2014): *Diseño de políticas sociales. Fundamentos, estructura y propuestas*. Madrid, CCS.
- GIL CALVO, Enrique (2012): “El declive del ciclo socialdemócrata” en *El País*, 21 de mayo de 2012.
- INNERARITY, Daniel (2011): *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*. Madrid, Paidós.
- PÉREZ OROZCO, Amaia (2010): “Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida” en *Investigaciones Feministas*, volumen 1, páginas 29-53.
- PIKETTY, Thomas (2013): *Le capital au XXI siècle*. Paris, Éditions du Seuil.
- RENDUELES, César (2013): *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid, Capitán Swing.
- SOTELO, Ignacio (2010): *El Estado social. Antecedentes, origen, desarrollo y declive*. Madrid, Trotta.
- SUBIRATS, Joan (2012): “Bienes comunes y contemporaneidad. Algunas reflexiones desde la lectura de Karl Polanyi” en *Documentación Social*, número 165, páginas 67-87.